

Camps, el Infinito y el Palau

LUCÍA MÉNDEZ

EL MUNDO, 19.05.09

Mario Benedetti, el poeta que se ha ido este mes de mayo, fue el alimento literario de una generación de españoles. El escritor uruguayo resumía en palabras mejor que nadie la utopía que no pudo ser, el amor que dejaba de ser y lo que todos queríamos ser. No es probable que Francisco Camps se haya curado las heridas de su alma adolescente y juvenil leyendo a Benedetti. No le pega. Aunque un poema suyo, titulado El Infinito, se adapta de maravilla a la situación del desdichado presidente valenciano. «De un tiempo a esta parte / el infinito se ha encogido / peligrosamente. / Quién iba a suponer / que segundo a segundo / cada migaja / de su pan sin límites / iba así a despeñarse / como canto rodado / en el abismo».

Perdido en los salones del Palau de la Generalitat, Camps rumia su destino en el Saló de Corts, delante de las pinturas del siglo XVI que él mandó restaurar, donde se representa el primer Gobierno de la Generalitat y todos los estamentos del Reino de Valencia: el político, el eclesiástico, el militar y el judicial. ¡Ay, el judicial! Decidme, ¿cómo el estamento judicial va a actuar contra la Generalitat?, pregunta Camps a sus colaboradores. No es posible, presidente, todo quedará en nada, tiene que quedar en nada, no te mereces lo que te está pasando.

Para comprender la extraña conducta de Francisco Camps -políticamente hablando-, hay que empezar por saber que el presidente valenciano no entiende nada de lo que le está pasando. Por eso no ha reaccionado ni reacciona adecuadamente ante el escándalo que se le ha venido encima.

Pongamos que el primer día Camps hubiera comparecido ante la opinión pública admitiendo su amistad con Álvaro Pérez, El Bigotes, una relación conocida por toda Valencia y, gracias a las conversaciones del sumario, por toda España.

Pongamos que el presidente hubiera dicho que Pérez traicionó su confianza y que no creía que fuera un golfo hasta que se ha enterado. Pongamos que hubiera dicho que le parecía normal recibir regalos de un amigo, incluidos los trajes. Si fuera incierto que la empresa de Pérez le regaló los trajes, hubiera bastado con presentar las facturas o, si no las guardó, explicar las cosas de forma sencilla para que todo el mundo pudiera entenderlo. Los diputados británicos acaban de pedir perdón por comprar pañales y comida de perro con el dinero de las dietas.

Lejos de comportarse como lo que era antes de ser presidente, un político modesto y aparentemente humilde, Camps ha reaccionado como si la milenaria historia del Reino de Valencia, el Tribunal de las Aguas y hasta la Albufera, estuvieran amenazadas por la operación Gürtel. Sintiéndose él, claro está, sucesor de Jaime I, inmortalizado también en los frescos del Palau. Empeñado en la obsesión de «esto no puede pasarme a mí», Camps se hace aplaudir todos los días un rato -ayer cinco minutos- visitando mítines por sorpresa o convocando actos de desagravio.

Camps lo ha fiado todo al estamento judicial valenciano. Quiere que el Tribunal Superior le absuelva, cosa que Federico Trillo -como director de su defensa- da por hecho. Sin embargo, las cosas no parecen tan sencillas, los jueces valencianos también tienen una historia y una reputación que defender, y el asunto será investigado a fondo. Además,

los tribunales pueden absolverle de una hipotética responsabilidad penal, pero no de la política. Asombra que la dirección del PP no sea capaz de distinguir ambos planos a estas alturas. El interesado no puede distinguirlos porque, volviendo a Benedetti, Camps no entiende cómo su infinito de caballero blanco salvador del PP y de España se ha despeñado en el abismo.